



ORACIÓN ANTIGUA

M. Rafael Sánchez

Alcánceme el futuro
para encontrarme con tus brazos de mar,
tenga preparada la honda de mi palabra
para dar de lleno en el corazón que me aguarda
y que no sea indemne al beso tan antiguo, tan nuevo.
Horade el tiempo venidero en ese instante
y la luz sea eterna por un momento...
Me interesa la política de tus ojos
y el aguacero lúcido de tu abrazo,
pues creo en la geometría irracional de los besos
y en la mansedumbre de un amor sin tasas.
Hoy, yo quisiera ser apóstol de tus silencios
y humilde servidor de tu gesto sosegado.
Es por eso que a raíz desnuda me presento ante ti
e invoco un derecho irrenunciable,
el de vivir en la pupila de tu mirada.

Oración antigua.

Voy camino del Supremo. Sé
lo que he de decir y lo que he de callar,
cuánto debo aún y cuánto ya he pagado;
sé lo que ignoro y aún no sé lo que ya sé.
Y aunque dude de que el mayor goce sea
su propia ausencia, traspaso el umbral del éxtasis
en la soledad buscada del huérfano de dios padre.
Cierro la boca y no callan las palabras,
cierro los ojos y persiste la luz,
cierro los oídos y el silencio no me alcanza...
El dolor y el amor están unidos por el mismo sentimiento,
el frío y el calor son nombres de una sola sensación,
el día y la noche son el único tiempo que habito.
Concédeme, oh dios que algún día creí vivo,
reconocerte en la ausencia de mi cuerpo muerto.

Ofrenda. Ten mis manos,

ten el tesoro que ocupa mis días,
el pergamino donde trazo mi memoria,
el ansia que se derrama sin saber cómo
y la áspera lentitud de las horas transidas.

Ten mis manos y agárrate a ellas sin miedo,
no esperes salvación si no eres con tu voluntada asida.

Y dame tu piel, me abrace yo a ella,
coma el cáliz de tus labios a bocanadas
mientras alargo la luz de tu mirada hasta el amanecer.

Porque ya no hay fuego divino que me condene
me salvo en la llama de amor viva que me consume.

Gritas lentamente amor, amor,
a la orilla del río donde ves pasar las estaciones.
Tú tienes un poder que desconozco,
he visto cómo la Torre de Babel
a tu lado se derrumba y permites
que dios se siente junto a ti
a confesarte sus pecados y fracasos.
Tú tienes la soledad como otros
adoran a innumerables dioses nuevos.
Dame algo de tu poder, diosa antigua
cuya hermosura no es canon de escultor
sino madre de otras formas de la belleza.

Dime que mi nombre aún respira por tu boca
y que un ángel se posa en tu alma cuando me evocas.
Dime que aún se entromete una sonrisa en tu melancolía
si presentes que tengo unos besos guardados para ti.
Di al viento que evoque mi olor en el aire que respiras
y di al mar que hable por su garganta con mi voz lejana.
No antepongas la duda a la certeza, esto es,
no creas a los que creen que creer en el amor es cosa de ser
crédulo
-oh, ellos tan descreídos, desgraciados, descafeinados y
desentidos.

Si aún hay fuego en tus venas que por mi arda,
te pido lo alimentes con las materias de todos los colores,
con las palabras encargadas al bardo enfebrecido de pasión,
con el dibujo trazado bajo la sombra del sueño aún recordado...

Absorbe despacio la distancia, sólo así
la ruina del tiempo no alcanzará los corazones.

Te diría que sabes a pan de azúcar,
y de oro y de mar rizado por el viento.
Que sabes a la aurora recién parida
y a su lluvia de abrazos por el nuevo día.
Y que también sabes a la fruta que Dios tenía prohibida,
ese azafrán de miel en los labios y agua en la piel.

Pero si dijera a lo que sabes, callaría también
esos otros sabores que también eres
o esos que desconoce tu piel.
Y es que el deleite es como el amor, que de tanto uso
se desgasta en las palabras. Por eso,
no pronunciaré más de diez veces tu sabor.

Qué dirás de mí, de mi morir
cuando yo muera.

¿Acaso preguntarás al aire si ya se impregnó
de mi olor a muerto? ¿Pondrás velas rojas de altar
o pondrás de aquellas perfumadas que nos regalábamos
cuando poníamos flores en nuestro pelo?

¿Será corona de funeraria quien a mi muerte adorne
o el color de campo de tomillos y cantuesos
hablará de las cosas que yo amaba?

¿Seré yo o serás tú el destinatario de las oraciones?

¿En qué reloj habrás de preguntar ya la hora?

No seré ya placer que al tuyo reviva, no haré más
la compra de sueños cotidianos, esos pequeños
engaños que adorabas.

Cuando la permuta de la vida por la muerte
se haga, cuando el calor de mi cuerpo se apague
junto a mi voz y mi mirada y esté tan inmóvil como
sólo los muertos saben, es sólo entonces que quiero
me dejes marchar, te quedas a guardar
el hogar y a quienes tanto amamos.

Me sirve llegar a tus brazos
sin prisas, abrir las cortinas
de tus ojos y aparecer desnudo
sin el ropaje del cansancio.

Porque tienes el alma
de la luna llena y el silencio
del sol maduro, te amo.

Lo importante es tu nombre,
tu cuerpo que al mío habita,
la charlatana mirada que al corazón habla
y ese espacio de vida que abres
para que en él vivas y escampes las heladas.
Lo importante es el mundo que respiras,
tu voluntad incorrupta, no doblada
a los trajines melosos de la estupidez
que a tantos en todo lugar atrapa.
Tú respiras por los ahogados
y amamantas de justicia a los desfallecidos,
tú eres tierra y sementera
y brotas pan como piel por tu cuerpo de trigo.
Ternura de amor son los amaneceres junto a ti
ahuecando las sílabas para que llegues
en esas palabras tuyas que saben a luz y leche.
Que no nos separen las fronteras del silencio
y que en tus mapas aparezca mi nombre,
es lo importante.

Devoro la carne de tu nombre,
soy insaciable caníbal de tu aire
y buceador del mar de tus brazos.

(Yo pertenezco a la estirpe de tus besos)

Soy el huracán de sílabas que te habla,
el hacedor de mí mismo con tu material de miradas.

(La húmeda piel de melancolía que te envuelve
irradia isótopos de hogar para los que amas)

Conjugas los verbos con un mismo infinitivo: amar
y de tu boca no tengo rencor
aunque nunca aprendieras mis canciones.

Acción de gracias
por el despertar y estar
tan intensa la luz,
tan envuelto en el canto
de los animales el silencio.
Tan claro el aire
que parece recién creado,
tan firme la tierra
que nada la pudiera alterar.
Miríadas de sensaciones
me abrazan.

La hoja
del manzano, la flor
del rosal silvestre, la llamada
del cuco, el sendero
de las hormigas, la espera
de la rana, la piel
de la piedra, la inquietud
del arrendajo, la transparencia
de la libélula, el paso fugaz
del mirlo.

La ondulación
en el espliego, el amarillo
en la retama, el quiebro
en la mariposa, el deseo
en el cerezo, la firmeza
en la encina, el dibujo
en el endrino, el descanso
en la tierra ya cálida.

Abro mi cuerpo que es
latido, palabra, sentidos,
espacio, materia, deseo,
tiempo, emoción, alquimia,
sonido, ritmo, sueño.

Sagrada es la vida en sí misma
y no hay dios que dirija
nuestros pasos: el aire
que me sustenta, la paz
que me abraza, el mundo

de mí enamorado.
Ésta
es mi personal oración
en cualquier mañana
derramada.

(Sólo pesa
lo que no puede alzar el alma)

Me calzo las botas del campesino
que ha vencido todas las plagas.
Sostengo la mirada en el horizonte
como el tuareg que descifra la ruta.
Oigo la voz del pájaro desconocido
y no necesito poner rostro a la belleza.

Yo que soy uno de tantos,
que no tengo señal en la frente que me haga único
y que casualmente pasé a tu lado
cual mendigo anónimo del amor,
hazme un sitio en los archivos de tu memoria
y sueña conmigo si quieres una piel a tu lado.

Es terca la presencia del buitre,
sus alas dicen que no cansa el aire,
que la constancia nace de no perder el recuerdo.

No supe elaborar el misterio de la vida sin su dolor,
pues son sus palabras las que vencen la sumisión ante la muerte.

¡Ah tantas espigas de trigo ahogadas entre fétidos cenizos
si no está arada la tierra con el puñal de la guerra contra uno
mismo,
si no están abonados los surcos con las palabras del
conocimiento,
si no se riegan los pequeños brotes con los valores que nos hacen
dignos!

El notable antropólogo Arsuaga afirma que somos
una especie lamentable, grandes productores de mierda.

Un último sueño sobre la almohada, sueño real sin deseo:
El tiempo corre, el tiempo arrastra.
¡Cómo preguntar sin prisas,
cómo responder sin cargas
cuando no somos más
que tiempo que pasa!

Hace un momento el viento estaba en calma.
Gata bebía confiada en el estanque,
zorro se acercó cauteloso ávido atento a beber,
abejarucos planeaban como cometas
danzaban en el aire sus chillidos tranquilos,
una mínima golondrina hacía su primer vuelo. Tan frágil.
Arrendajos se acercaban con su habitual algarabía
a beber espantando tres tórtolas que a turnos
al borde bajaban bebían mojaban plumas y pulgas molestas.
Alcaudón real solitario se situaba a observar
en la extrema rama habitual, inmutable a todo salvo
el paso posible de rollizo y rico insecto.

Hace un momento no había sonido de ramas movidas por viento,
todo estaba tranquilo aunque nada estaba quieto. Ahora,
ráfagas de viento silencian los vuelos, las hojas vela de los lirios
parecen navegar tierra adentro. El cerezo
desmelenado su copa mientras el ciprés habla de adioses y llegadas
con su larga mano y el liquidámbar se pliega y repliega
cual pañuelo. Caen hojas muertas de la encina,
se dibujan ondas en el agua y las hojas del nenúfar
por ellas son mecidas y llevadas. La frágil
mariposa de la col, a ras de suelo, apenas por el viento tiembla.
Ramas de espliego y de cantueso se chocan y abrazan bajo
la sombra cambiante de la genista que sobre ellos abre y derrama
sus vainas de semillas llenas. El viento trae nubes rotas
que pronto cubrirán con sus suaves volúmenes el azul cielo. Igual
que Leonardo o Ficino cubrían con esas nubes el fondo de sus
cuadros,
así pinta hoy el paisaje el viento: contornos cambiantes, músicas
disparejas,
abrazos sin rutinas que viviera un día despierto de su sueño
Orfeo.

A ti te debo el pan y el agua recibidos,
la persistencia del sol y la luna con sus ciclos.
Te debo la razón de los ojos y la viveza de los oídos,
la alegría de la piel y el alimento sustantivo.
Cómo nombrarte, qué pequeña palabra es la adecuada
para tanta vida desbordada, crecida, amada.
Naturaleza podría ser el sustantivo, pues de siempre
es el que asumimos y tu concepto a esa palabra llama.
¿O es entorno más razonable en tiempos
de ciencia y desasosiego entrelazados?
Finita e infinita son tus atribuciones,
magia y poesía son tus verdades,
silencio y armonía son tu fuerza.
Es por eso que ante los oídos del necio callas
y en la voz del silencioso, hablas.

La generación olvidada en
Katmandú, Essaouira, Delos, Gran Ciruelo.
Ellos marcharon y quedáronse allí haciendo eternidad
del olor de especias nunca antes sentidas; montaron
a lomos de aires cálidos libres; serpentearon
los caminos de la mente y la tierra y tuvieron
un sueño que allí alcanzaron. Pegada
tenían la fe en la libertad, fueron
devotos peregrinos y radicales músicos
de todos los sonidos. Tocaron
los tambores de la reencarnación y nunca regresaron.

Del tiempo que tuve
para ser digno, conservo
un puñado de amigos
y unas botellas cosechadas
cuando aún la uva era buena.
Entonces, no andábamos de puntillas por las quebradas
ni teníamos a favor ningún viento.
Sorteábamos seguros las tormentas del óxido
que quería cegarnos y envejecernos,
y una coraza de fe incrédula nos protegía
de tanto acecho del resquemor y odio.
No hicimos grandes cosas pero, estad seguros,
es entonces que tuvimos en los labios las mejores palabras
que fueron entre todos ateamente repartidas,
y es cuando los bosques de memoria que ahora veis
fueron plantados por manos seguras y fuertes allí
donde sólo un pedregal de sed al sol reverberaba.
Si tuvimos el don del alfabeto, le tejimos
con trama de razón y urdimbre de sueños,
y en la noche sabíamos escuchar el fuego que consume y une
cuando todos dormían en camas de soledad y ausencia.
No hicimos grandes cosas, no hay peros que nos salven,
aunque a veces de aquel fuego aún nos entibien sus cenizas.

Esas cosas necesarias.

Ejemplo

salpicarse uno de lo cierto, no tener envidia,
tocar el húmero de los sueños, desgranar espigas de inocencia,
no tener más tesoro que el cuerpo, aterrizar en los manglares del
deseo,
carbonatar las horas de trabajo, escribir que la vida es un día,
entregar palomas sin mensaje en las esquinas que habitan los
perdidos,
derrumbar la costumbre y enterrar sus escombros,
despreciar al desprecio, alumbrar hijos, destronar el reinado de la
ignorancia.

No sé

qué mas cosas necesita hacer el hombre, quizás,
arreglarse el traje fuera de los hospitales, adorar sin preguntas
el vientre de la amada, perseguir olvidos, rescatar
a las palabras robadas o abrir el bolso de la tierra
y secar las lágrimas en su lienzo que tanto nos hace falta.

No sé.

Dejar las cosas bien hechas ya que dios
no quiere retomar la tarea empezada. Y no insultar al pobre
coleccionando monedas, y desnudar al mito de antes y al héroe de
hoy
con la prueba de la razón sea o no práctica.

No sé,

andar poniéndose a raya uno mismo y no equivocar
los tiempos y los días. Y andar más que desandar o ser menos
amado que amante o anidar en las manos un rostro
para no perder el alma. Y tener la certeza
de que todo es tan fugaz como banal, que nadie pondrá remedio
a esta condición humana. Ni dios ni ángel somos y sólo
tenemos una luz, la de echar
la luz en falta.

Es en el amanecer que está
el aire cargado de olor, silencio, alma y frío.
Lentamente la luz revela las formas,
el volumen, textura y calor. La apariencia
se hace real; se acaba el sueño para quien vive en la luz.
La jara, cubierta de humedad matinal,
expulsa el intenso olor
que acaricia a los pulmones y a la memoria herida.
Al fondo, en un rincón del cielo,
la luna entera, intensa,
va perdiendo su breve dominio,
su carga de melancólica bombilla
de la noche.

Mansamente cambia el sonido
del aire. Los grillos y saltamontes ya callaron
y alcaudones, carboneros o arrendajos van desperezando
tímidamente sus gargantas, pierden
el miedo de la noche. Unas grajillas vuelan
a sus comederos campestres; van bulliciosas,
seguras, tan brillantes en sus céreas alas.

Distinguir lo importante de la vida
te es dado al amanecer, cuando duermen
las rutinas programadas y el colesterol
del cansancio no ha llegado al corazón y
aún creemos en la eternidad
del lado bueno de estar vivo, del cada día real.
Sólo en el breve tiempo del sueño a la luz
es cuando se besan muerte y vida, es cuando se hace una tregua
en los crueles campos de batalla que nos habitan.

El aire hoy tiene manos de fuego
sobre la garganta. Es mediodía
en un final de julio. Es la hora
en la que el viento sube a la ardiente montaña
desde el seco valle de un río que hoy
apenas tiene nombre de agua.
Estáticas y redondas, las nubes tienen la pereza
de un manso y confiado gato. Los pasajeros
del avión que sobrevuela el cielo
son los únicos extraños del paisaje, tan ajenos
a la hierba reseca y al profundo silencio. El demonio
del mediodía era para los padres de la iglesia
uno de los peligros del mundo interior.
En el centro de día, el hombre
no tiene centro. Es bueno entonces dormir y olvidar.

De la divina sencillez.

*No es por mí que me levanto
cada mañana y en la luz resucito
si no fuera porque me conduce el rito
de besar, respirar y conservar el canto.*

Afirmo lo simple: Un crepitar de lluvia
sobre el tapiz compacto de la tierra,
un alarido de búho real en abril,
un despertar de grillos escondidos
y el aire fresco de un atardecer de junio
en el que los pájaros sólo sienten las llamadas
a no estar solos. Entonces,
 ¿quién impuso las noches de insomnio
 y las broncas de los fusiles en la fiesta de la vida?

La quietud del silencio en la encina
donde la luz hizo su trabajo y descansa...
Tumbado imaginado en el cuerpo tumbado de una gata
arrullo mi sueño en el suyo, no es mi espacio y mi derecho
mayor que el de su cuerpo: tengo aún el sonido
de la hierba al rozar en mi pequeño oído,
tengo un corazón mínimo latiendo en su sitio
y el nuevo sabor ácido de la boca no me agrada.
Siendo otro, es que se es uno. Y aún así,
 nada hay más perturbador en lo humano
 que la conciencia arrastrada por la memoria:

¿Dónde fueron los hijos de los dioses?
¿Han cancelado su pasaje a la vida terrena
por el descanso eterno en la eterna ausencia
o acaso es que deambulan en la tierra olvidados
de la raíz que en sí llevan?

 No quisiera
ser hijo de un dios y no saberlo y no sé
si mi duda es pervivencia de un canon desterrado
o es la inquietud que mi condición exclama por su derrota.

Principio evolucionista: nada
es como fue, nada será
como es. Carretera nacional
dos. Campos de cereal empacados,
rastroy amarillo, murias de piedras,
islas de carrascas. Ayer fue territorio de las encinas,
antes jungla. Vendrá un mañana indefinible
que guardará la memoria en fotografías,
en archivos alejados de la cotidianeidad, tal
como ahora olvidamos la belleza que es
ese ritmo de las olas en el trigal.
Abierto está el tiempo, yo recorreré
unos cuantos de sus latidos, una brevedad
que tiene la urgencia de un hospital en guerra.
Digo que mi nombre no es sólo
un registro estadístico o un eslabón
que obedezca a su devenir científico. Que tengo
un campo en barbecho y un mar que no se oye y
unas neuronas de plancton en el sinfin del universo
me conectan al recuerdo de la araña que he sido
antes de que Ulises enloqueciera con mi canto
o diera el pecho al hijo que ya no recuerdo.
Reivindico toda la gloria de mi pasado, no quiero
quedarme sin futuro aunque haya ya muerto.

Aquí, junto a esta madre encina
creció el centeno y cayó el sudor del segador,
ardió el rastrojo en septiembre tiznando de humo la faja de la
encina,
crió la perdiz confundida con la parda tierra, habitó el conejo
madrigueras camufladas entre las grandes raíces y la sombra de
la
tarde,
supo el alimento a navaja con pan de siete días,
se celebró la buena cosecha, se lloró de rabia cuando la rompió el
granizo
y nadie sabía aún todas las guerras que nos quedaban.

Es aquí
que tuvo el tiempo el don de la lentitud
-pues es sólo así que crece el fruto gratuito del alimento-
y donde nadie tuvo que contar más de lo que en la mano cabía.

(Todos somos hijos de un tiempo que se detuvo
en el lugar donde reconocemos el pasado,
esa levedad de sueño que roza y no sabes
si es más herida lo que hace o es consuelo lo dado)

Aquí, junto a la encina
gira el cielo que aún hoy reclama
dar la luz como siempre,
pues nació para creerse eterno en su faz cambiante.

¡Ay del que no conoce pasado o futuro y es un material sin
memoria
que graba los días con el sólo afán de seguir respirando,
pues no tendrá el consuelo de saber
cómo se ve el mundo desde su centro!

Tuve el presentimiento de ser inmortal
pero ya no me interesa. Agarré
el ocaso desvaído del nenúfar
en el estanque corrompido y sólo
sentí que moría en mis manos y que nunca
tendría las claves del porqué de la vida.
Disculpad la nota desafinada,
el temblor de esta página en blanco,
la estéril belleza del desierto.
Todo cuanto tengo es voluntad y amor
y la duda no me arrancará esta fe.
Sostengo que la voracidad por crear
me hace posible y escampa a la derrota...
No me persigáis, es inútil atrapar
al silencio que arrulla en la soledad.

Siempre, siempre que fuera el silencio mi morada,
acunara los sentidos en el dulce sueño
del ritmo antiguo, fuera todo el latido más vivo,
sin ruido.

Acompasara el paso de los días
su presencia sin ruido, levantara la mirada y viera
cómo las nubes vagan en silencio, la luz
traspasa el aire en silencio, el pensamiento
navega en silencio.

Aún hay un ademán
de ruido en mi sombra. Buscaré el mediodía
a pesar del peligro del reposo y su demonio.

Pero
ausente ya el verbo reflexivo y el nombre de persona.

No he perseguido, cuando el impulso actúa,
la repentina alegría del amor creído
ni la rabia incontenida del amor incierto.
Cuando a través de todas las ventanas
miramos en cada vida signos para la nuestra,
un alzar de palomas inquietas es metáfora
de los leves destellos que a la vida nuestra alerta.

Y no es en el altar de sacrificios donde se consuman
las cualidades divinas de una humanidad endeble;
no es en la claridad creída de revelación
que todas las almas con nosotros son;
no es en la orilla del río tocándonos la piel
cuando comprendemos de los estados y la materia.

No he perseguido, con los últimos destellos de un
atardecer,
calibrar las imágenes de la luz en su trocar,
ni la esencia pasajera de todos sus rayos.

Contemplo la vida
y, en su otoño cuajado de ilusiones,
me recreo peregrino de todas las creencias
-en ninguna estanco o apresado.

Amo la nieve.

Amo su silencio que tanto nos falta,
amo su olor a frío, a agua que no es agua.
Amo su lento peregrinar de las nubes a mi mano,
amo su color que a mis ojos descansan;
y la amo porque al corazón
es bálsamo que arrulla y acalla.
Y es vida y es muerte
y tiene el poder
de borrar las distancias,
de rescribir los espacios,
de proponer abrazos para el mañana.

Y cuando germina su rostro
es que el calor de la vida se abre, estalla.

Vivir es un misterio, es trepar al volcán de la erupción invariable, tejer cada instante con respiración no asistida, con taquicardia de besos y de palabras. No quiero saber tu nombre hasta que nunca amanezca. Soy hijo de la sombra y de una estrella apagada hace tres millones de años luz. No merezco la consideración de un abejaruco pero sí la de tu mirada, para eso me expongo y me reciclo en actor joven de poca talla. No se nadar, pero contra corriente soy pez, me identifico en la marginalidad de lo establecido, mi cultura es el color cambiante de mis actos o el abrazo que me funde a los amigos y el silencio del desierto, la palabra que soy o el tesoro increíble de la lucidez y la creación. Si necesité de un dios no me es desagradable su recuerdo, las ideas sublimes hacen transversalidad a la mecánica durmiente, crean dimensiones sin dimensión, no aptas para el dulzor o la felicidad. Presiento que la bola de cristal solo recrea lo que uno quiere ver. Miraré, por ver y saber que toda la eternidad es la duración de mi existencia, un tiempo corto para tanta miseria y deseo.

Cuando mis manos abren la tierra
y esconden semillas que aguardarán
a la lluvia y al sol para abrirse y derramarse
tras el paréntesis que a todo nacer antes le espera.

Cuando las gotas de agua se derraman
minúsculas entre la arena y el alimento
promoviendo el milagro nuevo
de amanecer lo que vida es para que vida sea.

Cuando oigo cómo crepitan los brotes
en su crecer, y veo las formas
de mostrarse lo único, y se hace fruto
lo que antes tan liviano era.

Cuando esos frutos recojo y como
disfrutando el sabor vivo, su carne y sangre
frescas, entonces descanso y pienso
que mi trabajo es distraer a la muerte,
ser un dios pobre que maneja la alquimia
de unir luz y agua, tierra y sementera.

Todo había sido acordado.
Dios no tuvo
más remedio que ceder
ante sus criaturas.
La luz
hubo de convivir
con la oscuridad
y sólo se dio al hombre
la posibilidad de soñar
cuando la terrible noche fuera.
Todo giraría
y nada sería eterno,
ni el placer
ni el dolor, pero ambos podrían
por sí mismos
acabar con la vida de un hombre.

El juego había comenzado. El juego es competición, apertura al límite, ansiedad, preparación. Las reglas en libros sagrados estaban y según el dominio geográfico donde nacieras así sería el Dios de tu destino.

Todo estaba escrito
pero nadie
conocía al autor de las palabras.